

Las pandemias, del acontecimiento irruptivo a la semiosfera. La lucha por el sentido social

Luis Manuel Lara-Rodríguez*



En el primer trimestre del 2009, México fue epicentro de la epidemia de influenza A (H1N1), posteriormente declarada como pandemia. Más allá del interés y participación de la comunidad médica, epidemiológica y científica en general, la batuta, tanto en la toma de decisiones como en la difusión mediática oficial, la llevaron personajes clave de altas esferas del orden federal, así como el gobierno de cada estado de la República. En aquel periodo, el cargo administrativo federal lo tenía Felipe Calderón Hinojosa, quien no se limitó a señalar que México había llevado correctamente el proceso y había sido cuasi salvador de la humanidad al tomar las decisiones y acciones en tiempo. Algo que, por supuesto, le fue cuestionado.

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.



Este tipo de posturas oficiales no es la excepción, sino la norma. Es muy probable que no exista administración de gobierno en el mundo (lo cual no justifica tal postura) que señale que las cosas les rebasaron, que no atendieron la información científica y médica a tiempo, que cometieron errores o que fueron poco menos que eficaces. Sucede lo contrario, buscan legitimar sus acciones u omisiones. Pero no son las únicas voces, también desde otros sectores se plantea el porqué y cómo de las cosas.

Para quienes son más jóvenes, respecto a la pandemia reciente de la COVID-19, la influenza A (H1N1) fue un acontecimiento que tuvo menor duración. La incertidumbre no fue por la falta de vacuna sino por el recelo en su aplicación, no lo fue por la cantidad de fallecidos, sino por querer saber quiénes fueron y ¡donde vivían!, es decir, desde un cuestionamiento de si en realidad había fallecidos. Lo fue también en la sospecha del *otro* por un estornudo, como en la COVID-19 —además de la elevación de la temperatura corporal en esta última—. El temor se volcó hacia el otro del contagio, esos otros, “los que me pueden contagiar, no yo a ellos”. Los cierres, la limitación de aforos y la suspensión de actividades no fueron tan prolongados, pero también los hubo; la recomendación de normas sanitarias, también. Esto último no sólo no lo recordamos, sino que tampoco lo hicimos hábito, no lo constituimos como un tipo de cultura (cultura de la higiene, de la prevención, sanitaria, por mencionar algunas).

Obras tempranas se publicaron en el contexto nacional, entre ellas *Queremos hablar. Las voces de la influenza*,¹ In-


Regresar
al índice

**DO
SSI
ER**

1 Rogelio Cárdenas Estandía, *Queremos hablar. Las voces de la influenza*. México, Rogelio Cárdenas, 2009.

*fluencia. De la negligencia a la manipulación*² y *La pandemia de influenza. El inicio. Reflexiones en primera persona*,³ las cuales incluyen el análisis de posturas enunciativas-discursivas, sin contar los variados artículos que se ubican en las bases de datos de producción científica. Si para alguien pareciera un sin sentido seguir tratando el tema de la influenza A (H1N1) cuando estamos viviendo un proceso *inédito* con la COVID-19, una sociedad que cataloga como inédita una situación refleja el grado de desinterés por aquello que dejó varios antecedentes que, si se tomaran de manera seria, coadyuvarían en reducir los efectos y daños en quienes están siendo vulnerados desde una lógica depredadora de nuestro ambiente natural y social.

En cuanto a la COVID-19, en el ámbito de lo académico y desde el mismo 2020 se dio el *boom* de publicaciones, probablemente en todos los idiomas, así como en todas las disciplinas y áreas de investigación. No descubro el hilo negro, es seguro que quien esto lee ya lo había advertido. Tanto el impacto de los efectos como lo prolongado de la COVID-19 han permitido que nos queden más presentes términos referentes como cepas y variantes, olas, semáforos, contingencias o crisis sanitarias, vigilancia epidemiológica, sana o nueva normalidad, aun cuando el grueso social desconocemos en realidad qué significa ello. Mucho más cuando se habla de reactivación de la economía, de espacios seguros y controlados, de controles sanitarios, de cubrebocas y sus alcances; además, depende de quién lo dice y desde dónde lo enuncia (*locus* político, cultural o científico).

2 Alejandro Páez, José Pérez-Espino y Mara Muñoz, *Influenza. De la negligencia a la manipulación*. México, Grijalbo, 2009.

3 Samuel Ponce de León Rosales, *La pandemia de influenza. El inicio. Reflexiones en primera persona*. México, México Interactivo, 2010.

Acontecimientos que rompen la cotidianidad

Un desastre natural (maremotos, ciclones, terremotos), una epidemia o una pandemia son el tipo de acontecimientos que rompen la normalidad cotidiana —o el cotidiano normalizado, si se quiere precisar la referencia— con esos problemas con los que nos dormimos y nos despertamos. Lo que rompe ese cotidiano es aquello que no esperamos, que nos toma de sorpresa y nos genera incertidumbre incluso en el ya escenario lóbrego y desolador de nuestro día a día. Por ejemplo, en México, en nuestra Ciudad Juárez, la inseguridad pública y la violencia es frecuente, pero lo vivido desde finales del 2007 al 2012 fue algo que rompió ese cotidiano normalizado que a algunas mentes nostálgicas les hace añorar como “ese Juárez de antes” y todo lo que, como caldo de cultivo, significa. Pregunte usted a su vecino, y seguramente le señalara que, en las primeras décadas del siglo XXI, en Ciudad Juárez ha vivido dos epidemias: una del orden de salud comunitaria y otra del orden de inseguridad pública. Es decir, ha vivido tres acontecimientos irruptivos, en distinto momento, etapa de vida, condiciones de vulnerabilidad y desde *sus circunstancias*.

Sabemos que los acontecimientos naturales escapan a la prevención del ser humano, aun cuando los adelantos científicos permiten aminorar los efectos por medio de la proyección y por lo tanto de la prevención. Ya muy poco ha escapado a la intermediación del ser humano, por lo que es legítimo sospechar que los efectos pueden evitarse o al menos disminuirse. Pero para ello, se requiere de tipos de culturas solidadas, como la cultura científica, la cultura educativa y una cultura gubernamental eficiente, eficaz y ética. Los otros acontecimientos, aquellos con mayor carga humana en sus causales, también


Regresar
al índice

**DO
SSI
ER**

rompen esa normalidad cotidiana, por ejemplo, una crisis financiera, una crisis de inseguridad pública y de violencia, una catástrofe como una explosión en algún sector o sitio dentro de la ciudad. Unas y otras, son acontecimientos irruptivos, y ello es tópico de análisis común tanto en las sociologías del riesgo como en las antropologías de catástrofes.

Lo cotidiano hila la estructura de la vida, tan es obvio, que es común que dejemos de advertirlo. Los acontecimientos que escapan a la explicación rápida, aquella que puede generar cierta certidumbre, incluso en la preocupación o angustia, trastocan la vida cotidiana precisamente porque sobrepasan los niveles de desasosiego en los que o se llega a la crisis o se vulnera ante ella o simplemente se deja de buscar certezas y se cae en el conformismo. Una y otra son propicias para que aparatos o cuerpos de ideas ganen terreno con *su verdad* de las cosas.

Discurso, semiosfera y margen

Son y pueden ser diversas las voces que narran su *ser* y *estar* en un contexto de pandemia. Y no solo traerán lo vivido en ésta, sino mucho más, porque los sentidos que convergen en un acontecimiento irruptivo se articulan a los pasados colectivos e individuales, es decir, a una suerte de memoria colectiva de las cosas y de los hechos. De tal forma, recursos como las entrevistas, la historia oral o los grupos focales que generan insumo desde el análisis del discurso contribuyen más allá de lo que puede aportar una encuesta. En el caso de un acontecimiento que rompe el cotidiano, considero que son tres los observables o ejes de análisis, a saber, los discursos oficiales, los discursos contrahegemónicos y aquellos que son *margen* (en las fronteras de lo uno y de lo otro). En estas tres categorías se inscriben ac-

tores del sector salud, medios de comunicación, ideólogos conservadores, de izquierda y, por supuesto, el sector social común desde familias, empleados, docentes, etcétera.

A propósito de lo anterior, en el ámbito de la Semiótica se genera un potencial de estudio desde su constitución como disciplina que trata del entramado compuesto de signos y símbolos en sociedad, es decir, del análisis de cómo es que organizamos y somos organizados desde los procesos interrelacionales que constituyen la comunicación. La Semiótica no es análisis del discurso, pero tanto lo trasciende como lo fortalece. Y el análisis del discurso en su complejidad puede implicar tanto teoría como metodología y en el mejor de los casos como desmonte político, es decir, desestructurante de sentidos. Un discurso no es sólo lo hablado, sino el habla que se coloca en entramados de significación. Y esos entramados se hacen posibles por los sentidos instaurados desde mecanismos de poder. Sobre todo, porque esos sentidos tratan de configurar el cómo de las cosas y, por supuesto, los sentidos que mayormente proliferan son aquellos que tienen los mecanismos de exposición.

De entre los diversos enfoques teórico-metodológicos que es posible analizar el discurso inscrito en narrativas sociales, como las representaciones sociales, el imaginario social, las formaciones discursivas y las mediaciones, un recurso óptimo es la aprehensión de la semiosfera desde el enfoque del semiólogo ruso Iuri Lotman. La semiosfera es un gran sistema que se compone de otros sistemas, todo ello integrado por textos que pugnan por el sentido general, es decir, el elemento comunicacional en la cultura.⁴ Si bien, este

 Regresar
al índice

**DO
SSI
ER**

4 Iuri Lotman, *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto* (ed. y trad. Desiderio Navarro). Madrid, Cátedra, 1996 y Iuri Lotman, *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio* (ed. y trad. Desiderio Navarro). Madrid, Cátedra, 1998.

efecto desde Lotman se ubica en el análisis de los textos narrativos, en el ámbito de lo literario, sabemos que el ejercicio semiótico antepone a estos textos a todo aquel entramado de signos, símbolos y significaciones.

Un acontecimiento como una pandemia, a la vez que se constituye como un texto, inscribe en este a diversos textos plagados de sentido. Sus *personajes*, actores, lo somos todos al inscribirnos en el discurso de cómo explicamos una pandemia, lo que nos significa. No sólo hablamos y narramos, sino que significamos los distintos mundos de significado en el entramado cultural. Para usted la COVID-19 es un engaño o es algo que se magnificó por obra del Gobierno federal o por el vecino que no porta el cubrebocas y cada fin de semana recibe en parranda a otros tantos como él; esto dice mucho de lo que creemos y valoramos y conforma nuestro cúmulo de informaciones hasta el momento.

Y en un ámbito convulsionado se externa con mayor visibilidad la lucha por el sentido social. Los sectores de aquello llamado como “político”, es decir, del sistema de administración y representación ciudadana oficial, y los medios de comunicación y su inercia con cuadros empresariales y de orden de gobiernos en turno pueden representar el centro de difusión en tanto son quienes tienen la obligación, los mecanismos y las condiciones de transmisión como de la cobertura de los contenidos y mensajes, pero también están los sectores alternos a lo oficial, los cuales en el mejor de los casos buscan propiciar el tipo de información clara y eficiente; en el peor de los casos, antepone su verdad para ganar el lugar que ostenta lo oficial, lo hegemónico.

¿Dónde están los márgenes? En esos discursos que anteponen duda a ambos y que se generan en espacios que no son comunes dentro de los conductos oficiales o contrahe-

gemónicos. Por ejemplo, en una pandemia se encuentran en los sectores que, bajo situaciones de incertidumbre, emotividad personal (se ve afectado un individuo o alguien de sus cercanos), incluso angustia, buscan la información de índole científica —eje puntual de un acontecimiento epidemiológico—, más que en lo que está plagado en discursos de “vamos bien”, “lo hicimos bien” cuando todo apunta a que no es así; o en aquellos que sin sustento científico anteponen historias de motivaciones y acciones que rayan en la rumorología. Es decir, los márgenes son quienes destituyen lo fuerte tanto de discursos oficiales que encubren información como de contrahegemónicos que hacen lo mismo desde otro espacio, incluso de *fake news* en los medios de comunicación.

Los discursos emanados en una pandemia llevan esa lucha por el sentido social. “Lo estamos haciendo bien”, “actuamos a tiempo” dice el gobierno, institución o empresa que habla. “Es una conspiración”, “todo está concertado”, dice una tendencia de lo contrahegemónico. No son los únicos lugares de enunciación, por supuesto, pero de diversos estímulos está plagado un discurso, que no es sólo lo hablado en oraciones y frases, sino lo que significa, lo que se oculta, lo que se dice y no se dice, dónde se dice, a quiénes, desde cuáles mecanismos de difusión. Un discurso está inserto en un entramado cultural que a la vez le reproduce en su pluralidad de sentidos.

La revolución, el cambio, no se da entre quienes emiten el discurso y lo niegan, sino en quienes anteponen la duda desde lo imperfecto de uno u otro. Es decir, ni todo lo que se dice es en realidad certero ni realmente mentira, siempre se dice por algo. Todo ello se encuentra en la semiosfera, el ámbito o mundo de los signos, en donde no es suerte de conjunto, un *equilibrium*, sino de interacción, de lucha. Ese es nuestro mundo, inserto de mundos, sobre todo cuando se

 Regresar
al índice

**DO
SSI
ER**

convulsiona permite hacer visible esas luchas que anteponen sus entramados discursivos sin poder ocultar que hay sentidos de interés, de enunciación, de información de diversa índole (“política”, educativa, científica, activista, espiritual, religiosa, etcétera) y por lo tanto de poder. Las diversas epidemias y pandemias en la gran historia sociocultural y política, como más recientemente la influenza A (H1N1) y la COVID-19, son acontecimientos que nos permiten *leer* esos ejercicios de poder desde el efecto semiótico de los entramados de sentidos involucrados en eventos en donde el ser humano maneja las tragedias que vulneran a los más desfavorecidos. Ahí es donde la información siempre ha prevalecido como nodo discursivo que muestra lo que se quiere ocultar, develar, excluir, desestructurar, cambiar, rescatar o denunciar.

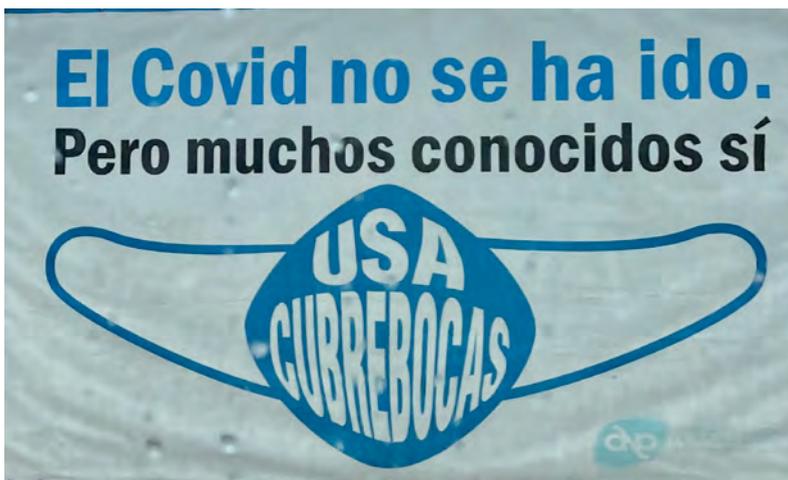


Foto de Alejandro Ernesto Vázquez Martínez